



# RECURSOS DIDÁCTICOS

PRIMERO DE SECUNDARIA

LITERATURA

## LITERATURA INCAICA

En el mundo andino, el hombre y la naturaleza conformaban un solo ser: todas las actividades humanas estaban estrechamente relacionadas con la tierra y los elementos que la conformaban. Según el pensamiento del hombre andino existían tres mundos:

- El Hanan Pacha era el mundo de arriba, donde moraban los dioses y los elementos celestes.
- El Kay Pacha era el mundo intermedio, donde se desarrollaban las actividades humanas.
- El Ukju Pacha o mundo de abajo. Estaba reservado a los muertos y a los espíritus de la tierra.



### *Mitos y Leyendas anteriores a los Incas*

El Perú prehispánico no sólo estaba constituido por la población inca. Existían otros grupos étnicos que poseían sus propias manifestaciones culturales. Los cronistas y los extirpadores de idolatrías recogieron algunas tradiciones míticas o leyendas fundacionales de éstos pueblos por lo tanto, lo que conocemos, nos han llegado indirectamente a través de ellos. Estas leyendas fueron recogidas generalmente en Castellano y en muy contados casos en quechua.

Algunos ejemplos de estos mitos son los Dioses y hombres de Huarochiri" (Sierra de Lima), recogidos por el padre Francisco de Ávila, los mitos de Pachacamac (costa central), Naylamp (costa norte), entre otros.

### *El Mito de Yacana*

La constelación que llamamos **Yacana** es el camac de las llamas, es decir, su fuerza vital, el alma que las hace vivir. Yacana camina por un gran río (La vía Láctea). En su recorrido se pone cada vez más negro. Tiene dos ojos y un cuello muy largo. Se cuenta que Yacana acostumbraba beber agua de cualquier manantial, y si se pasaba encima de alguien le transmitía mucha suerte. Mientras este hombre se encontraba aplastada por la enorme cantidad de lana y Yacana, otros hombres le arrancaban la fibra. Todo esto ocurría siempre de noche.

Al amanecer del día siguiente se veía la lana que habían arrancado la noche anterior. Ésta era de color azul, blanca, negra, pardo, las había de toda clase, todas mezcladas. Si el hombre afortunado no tenía llamas, rápidamente compraba algunas y luego adoraba la lana de la Yacana en el lugar donde la habían arrancado. Tenía que comprar una llama hembra y otra llama macho, y sólo a partir de estas dos podía llegar a tener dos mil o tres mil. Esta era la suerte que la Yacana confería a quienes se posaba encima de ellos. Se cuenta que en tiempos muy antiguos, esto le ocurrió a muchas personas en muchos lugares.

A la medianoche y sin que nadie lo sepa la Yacana bebe toda el agua del mar, porque de no hacerlo el mar inundaría al mundo entero.

Yutu (la perdiz) es una constelación pequeña que aparece antes que la Yacana. Según que cuando mama ésta se despierta. También recta. A estas les han puesto los nombres de Kuntur (cóndor), Suyuntuy (gallinazo) y Huamaní (halcón). La tradición cuenta que cuando aparecen estas estrellas más brillantes que antes, ese año será bueno para el cultivo si en cambio aparecen poco brillantes, ése será un mal año, con mucho sufrimiento.

## Una tradición sobre Cuniraya Huiracocha

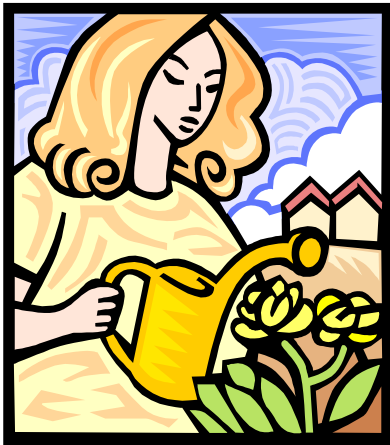


Dicen que, en tiempos muy antiguos, Cuniraya Huiracocha, tomando la apariencia de un hombre muy pobre, se paseaba con su capa y su cusma hechas harapos. Sin reconocerlo, algunos hombres lo trataban de mendigo piojoso. Ahora bien, este hombre transmitía la fuerza vital a todas las comunidades. Con su sola palabra preparaba el terreno para las chacras y consolidaba los andenes y, con tan sólo arrojar una flor de un cañaverol llamado **pupuna**, habría una acequia desde su fuente. Así, realizando toda clase de hazañas, andaba humillando a los demás **huacas** locales con su saber.

Había una vez una mujer llamada Cahuillaca que también era **huaca**. Esta Cahuillaca era todavía **doncella**. Como era muy hermosa, todos los **huacas** y **huilcas** deseaban acostarse con ella. Pero ella siempre los rechazaba. Sucedió que esta mujer, que nunca se había dejado tocar por un hombre, estaba tejiendo debajo de un lúcumo. Cuniraya, gracias a su astucia, se convirtió en pájaro y subió al árbol. Como había allí una lúcumo madura, introdujo su semen en ella y la hizo caer cerca de la mujer. Ella, sin vacilar, muy contenta, se la comió. Así quedó preñada sin que ningún hombre hubiera llegado hasta ella.

Nueve meses más tarde, como suele suceder con las mujeres, Cahuillaca también dio a luz, pese a ser todavía doncella. Durante más o menos un año, crió sola a su hijo, amamantándolo. Siempre se preguntaba de quién podría ser hijo. Al cumplirse el año –el niño ya andaba a gatas –mandó llamar a todos los **huacas** y **huillcas** para saber quién era el padre. Cuando oyeron el mensaje, todos los **huacas** se regocijaron mucho y acudieron vestidos con su más fina ropa, cada uno convencido de ser quien Cahuillaca amaría. Esta reunión tuvo lugar en Anchicocha. Cuando llegaron al lugar donde residía esa mujer, todos los huacas y huillcas para saber quién era el padre. Cuando oyeron el mensaje, todos los **huacas** se regocijaron mucho y acudieron vestidos con su más fina ropa, cada uno convencido de ser quien Cahuillaca amaría. Esta reunión tuvo lugar en Anchicocha. Cuando llegaron al lugar donde residía esa mujer, todos los **huacas** y **huillcas** se sentaron.

Entonces ella les habló: "¡Mírenlo! Varones, señores, ¡reconozcan a este niño! ¿Quién de ustedes es el padre?". Y a cada uno le preguntó si era él. Pero ninguno dijo que era su hijo.



Cuniraya Huiracocha se había sentado a un lado, como suelen hacer los muy pobres. Como lo despreciaba, Cahuillaca no le preguntó a él, pues le parecía imposible que su hijo hubiera podido ser engendrado por aquel hombre pobre, habiendo tantos varones hermosos presentes. Como nadie admitía que el niño era su hijo, le dijo a éste que fuera él mismo a reconocer a su padre, pero antes les explicó a los huacas que, si el padre estaba presente, su hijo se le subiría encima. El niño anduvo a gatas de un lado a otro de la asamblea, pero no se subió encima de ninguno hasta llegar al lugar donde estaba sentado Cuniraya, su padre. Enseguida, muy alegre, se trepó por sus piernas.

Cuando su madre lo vio, furiosa, gritó: "¡At de mí! ¿Cómo habría podido yo dar a luz el hijo de un hombre tan miserable?". Con estas palabras, cargó a su hijito y se dirigió hacia el mar. Entonces Cuniraya Huiracocha dijo: "¡Enseguida me ha de amar!" y se vistió con un traje de oro y empezó a seguirla. Al verlo todos los huacas locales se asustaron mucho. "Hermana Cahuillaca", la llamó, "¡mira hacia aquí! Ahora soy muy hermoso" y se irguió iluminando la tierra. Pero Cahuillaca no volvió el rostro hacia él. Con la intención de desaparecer para siempre por haber dado a luz el hijo de un hombre tan horrible y sarnoso, se dirigió hacia el mar. Al momento mismo en que llegó al sitio donde, en efecto, todavía se encuentran dos piedras semejantes a seres humanos, en Pachacámac, mar adentro, se transformó en piedra.

Como creía que Cahuillaca iba a verlo, que iba a mirarlo, Cuniraya Huiracocha la seguía a distancia gritándole y llamándola continuamente. Entonces, se encontró primero con un cóndor. "Hermano, ¿dónde te encontraste con esa mujer, Cahuillaca?", respondió el cóndor. Entonces Cuniraya le dijo: "Siempre vivirás alimentándote de todos los animales de la puna; cuando mueran, ya sean guanacos, vicuñas o cualquier otro animal, tú solo te los comerás y, si alguien te mata, él a su vez morirá".

Luego se encontró con una zorrina. "Hermana", le preguntó "¿dónde te encontraste con Cahuillaca?" Ella le respondió: "Ya no la alcanzarás; ya está muy lejos".

"Por lo que me has contado, no caminarás de día sino de noche, odiada por los hombres y apestando horriblemente". Así la maldijo, con mucho odio.

A continuación se encontró con un puma. Éste le dijo: "Ella todavía anda por aquí; ya te estás acercando".

"Serás muy querido", le prometió Cuniraya, "y las llamas, sobre todo las llamas del hombre culpable, te las comerás tú; y si alguien te mata, primero te hará bailar en una gran fiesta, poniéndote sobre su cabeza y, después, todos los años te sacará y, sacrificándote una llama, te hará bailar".

Después se encontró con un zorro. El zorro le dijo que ella ya iba lejos y que no iba a alcanzarla.

Entonces le dijo Cuniraya: "Aunque camines a distancia, los hombres, llenos de odio, te tratarán de zorro malvado y desgraciado; cuando te maten, te botarán a ti y tu piel como a cosa sin valor".

Fue de la misma manera que se encontró con un halcón. Cuando el halcón le aseguró que Cahuillaca andaba todavía muy cerca y que ya casi estaba por alcanzarla, Cuniraya le prometió: "Tendrás mucha suerte y, cuando comas, primero almorzarás picaflores y después otros pájaros; el hombre que te mate, llorará tu muerte, sacrificándote una llama, y bailará, poniéndote sobre su cabeza para que resplandezcas allí".

A continuación se encontró con unos loros. Los loros le dijeron que Cahuillaca iba muy lejos y que ya no iba a alcanzarla. "Ustedes andarán gritando muy fuerte y los hombres, cuando escuchen su grito y sepan que tienen la intención de destruir sus cultivos, sin tardar, los ahuyentarán y de esa manera habrán de vivir con mucho sufrimiento, odiados por ellos".



Así, cada vez que se encontraba con alguien que le daba buenas noticias, disponía para él un porvenir dichoso y proseguía su camino. Pero si alguien le daba malas noticias, lleno de odio lo maldecía. De esta forma llegó hasta la orilla del mar y de allí regresó hacia Pachacámac. Llegó al sitio donde se encontraban dos hijas de Pachacámac bajo la custodia de una serpiente. Poco antes, la madre de las dos jóvenes había entrado en el mar par visitar a Cahuillaca. Se llamaba Urpayhuáchac. Cuniraya Huiracocha, aprovechando su ausencia, violó a la hija mayor. Cuando quiso hacerle lo mismo a la otra, ésta se transformó en paloma y alzó el vuelo. Por eso su madre se llamó Urpayhuáchac (la que pare palomas).

En aquella época no había ni un solo pez en el mar. Sólo Urpayhuáchac los criaba en un pequeño estanque dentro de su casa. Cuniraya, encolerizado, se preguntó: "¿Por qué se ha ido a visitar a la mujer llamada Cahuillaca mar adentro?" y arrojó todos los peces al mar. Por esto ahora el mar también está lleno de peces.

Después, Cuniraya Huiracocha huyó hacia la orilla del mar. Cuando sus hijas le contaron cómo Cuniraya las había violado, Urpayhuáchac, furiosa, lo persiguió. Llamándolo continuamente, fue siguiéndolo. Entonces, Cuniraya aceptó esperarla. "Sólo quiero quitarle las pulgas, Cuni", le dijo y lo espulgó. Al mismo tiempo hizo crecer una gran peña para que le cayera encima. Pero Cuniraya, gracias a su astucia, pudo adivinar su intención y le dijo que quería retirarse unos momentos para defecar. Logró huir y, nuevamente, se dirigió hacia estas tierras de lo checa. Entonces anduvo mucho tiempo por estos parajes, engañando a muchísimos hombres y huacas locales.



# Tarea Domiciliaria

## I. Contesta:

1. ¿Cuántos mundos existían en la concepción andina?
2. ¿Qué es un Mito?
3. ¿Qué es una Leyenda?

## II. Completa:

1. Las leyendas fueron recogidos en el idioma \_\_\_\_\_  
y también \_\_\_\_\_.
2. En el Perú prehispánico sólo habitaban \_\_\_\_\_.
3. Yacana es \_\_\_\_\_.
4. un bien que transmitía la Yacana era \_\_\_\_\_.

## III. Relacione:

1. Dioses y hombres de Huarochirí ( ) Costa Norte
2. Mitos de Pachacamac ( ) Costa Central
3. Naylamp ( ) Sierra de Lima

## IV. Realice:

Un resumen de la tradición sobre Cuniraya Huiracocha.

# Taller de Literatura



## Canto oral a Tupac Amaru Que es la libertad

Yo ya no tengo paciencia  
para aguantar todo esto.  
Micaela Bastidas.

Lo harán volar  
con dinamita. En masa,  
lo cargarán, lo arrastrarán. A golpes  
lo llenarán de pólvora la boca.

Lo volarán:

iy no podrán matarlo!

Lo pondrán de cabeza. Arrancarán  
sus deseos, sus dientes y sus gritos.  
Lo patearán a toda furia. Luego  
Lo sangrarán:

iy no podrán matarlo!

Coronarán con sangre su cabeza;  
sus pómulos con golpes. Y con clavos  
sus costillas. Le harán morder el polvo.  
Lo golpearán:

iy no podrán matarlo!

Le sacarán los sueños y los ojos.  
Querrán descuartizarlo grito a grito.  
Lo escupirán. Y a golpe de matanza  
lo clavarán:

iy no podrán matarlo!

Lo pondrán en el centro de la plaza,  
boca arriba, mirando al infinito.  
Le amarrarán los miembros. A la mala  
tirarán:

iy no podrán matarlo!

Querrán volarlo y no podrán volarlo.  
Querrán romperlo y no podrán romperlo.  
Querrán matarlo y no podrán matarlo.

Querrán descuartizarlo, triturarlo,  
mancharlo, pisotearlo, desalmarlo.

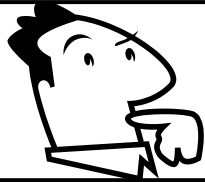
Querrán volarlo y no podrán volarlo.  
Querrán romperlo y no podrán romperlo.  
Querrán matarlo y no podrán matarlo.

Al tercer día de los sufrimientos,  
cuando se crea todo consumado  
gritando libertad! Sobre la tierra,  
ha de volver.

¡Y no podrán matarlo!

Autor: Alejandro  
Romualdo

# Para vivir mañana



Mi casa está llena de muertos  
es decir, mi familia, mi país,  
mi habitación en otra tierra,  
el mundo que a escondidas miro.

Cuando era niño con una flora  
Cubría todo el cielo.  
¿De qué cuerpo sacaré ahora sombra  
para vivir con un poco de ternura?

Escucharé a los muertos hablar  
para que el mundo no sea como es  
pero debo besar un rostro vivo  
para vivir mañana todavía.

Para vivir mañana debo ser una parte  
de los hombres reunidos.  
Una flor tengo en la mano, un día  
canta en mi interior igual que un hombre.

Pálidas muchedumbres me seducen;  
no es sólo un instante de alegría o tristeza:  
la tierra es ancha e infinita  
cuando los hombres se juntan.

Autor: Washington  
Delgado

# No oyes ladrar los perros

–Tú que vas allá arriba, Ignacio, dime si no oyes alguna señal de algo o si ves alguna luz en alguna parte.

–No se ve nada.

–Ya debemos estar cerca.

–Sí, pero no se oye nada.

–Mira bien.

–No se ve nada.

–Pobre de ti, Ignacio.

La sombra larga y negra de los hombres siguió moviéndose de arriba abajo, trepándose a las piedras, disminuyendo y creciendo según avanzaba por la orilla del arroyo. Era una sola sombra, tambaleante.

La luna venía saliendo de la tierra, como una llamarada redonda.

–Ya debemos estar llegando a ese pueblo, Ignacio. Tú que llevas las orejas de fuera, fíjate a ver si no oyes ladrar los perros. Acuérdate que nos dijeron que Tonaya estaba detrasito del monte. Y desde qué horas que hemos dejado el monte. Acuérdate, Ignacio.

–Sí, pero no veo rastro de nada.

–Me estoy cansando.

–Bájame.

El viejo se fue reculando hasta encontrarse con el paredón y se recargó allí, sin soltar la carga de sus hombros. Aunque se le doblaban las piernas, no quería sentarse, porque después no hubiera podido levantar el cuerpo de su hijo, al que allá atrás, horas antes, le habían ayudado a echárselo a la espalda. Y así lo había traído desde entonces.

–¿Cómo te sientes?

–Mal.

Hablaba poco. Cada vez menos. En ratos parecía dormir. En ratos parecía tener frío. Temblaba. Sabía cuándo le agarraba a su hijo el temblor por las sacudidas que le daba, y porque los pies se le encajaban en los ijares como espuelas. Luego las manos del hijo, que traía trabadas en su pescuezo, le zarandeaban la cabeza como si fuera una sonaja.

Él apretaba los dientes para no morderse la lengua y cuando acababa aquello le preguntaba:

–¿Te duele mucho?

–Algo –contestaba él.

Primero le había dicho: "Apéame aquí... Déjame aquí... Vete tú solo. Yo te alcanzaré mañana o en cuanto me reponga un poco". Se lo había dicho como cincuenta veces. Ahora ni siquiera eso decía.

Allí estaba la luna. Enfrente de ellos. Una luna grande y colorada que les llenaba de luz los ojos y que estiraba y oscurecía más su sombra sobre la tierra.

–No veo ya por dónde voy –decía él.

Pero nadie le contestaba.

El otro iba allá arriba, todo iluminado por la luna, con su cara descolorida, sin sangre, reflejando una luz opaca.

Y él acá abajo.

–¿Me oíste, Ignacio? Te digo que no veo bien.

Y el otro se quedaba callado.

Siguió caminando, a tropezones. Encogía el cuerpo y luego se enderezaba para volver a tropezar de nuevo.

–Éste no es ningún camino. Nos dijeron que detrás del cerro estaba Tonaya. Ya hemos pasado el cerro. Y Tonaya no se ve, ni se oye ningún ruido que nos diga que está cerca. ¿Por qué no quieres decirme que ves, tú que vas allá arriba, Ignacio?



–Bájame, padre.

–¿Te sientes mal?

–Sí.

–Te llevaré a Tonaya a como dé lugar. Allí encontraré quien te cuide. Dicen que allí hay un doctor. Yo te llevaré con él. Te he traído cargando desde hace horas y no te dejaré tirado aquí para que acaben contigo quienes sean.

Se tambaleó un poco. Dio dos o tres pasos de lado y volvió a enderezarse.

–Te llevaré a Tonaya.

–Bájame.

Su voz se hizo quedita, apenas murmurada:

–Quiero acostarme un rato.

–Duérmete allí arriba. Al cabo te llevo bien agarrado.

La luna iba subiendo, casi azul, sobre un cielo claro.

La cara del viejo, mojada en sudor, se llenó de luz. Escondió los ojos para no mirar de frente, ya que no podía agachar la cabeza agarrotada entre las manos de su hijo.

–Todo esto que hago, no lo hago por usted. Lo hago por su difunta madre. Porque usted fue su hijo. Por eso lo hago. Ella me reconvendría si yo lo hubiera dejado tirado allí, donde lo encontré, y no lo hubiera recogido para llevarlo a que lo curen, como estoy haciéndolo. Es ella la que me da ánimos, no usted. Comenzando porque a usted no le debo más que puras dificultades, puras mortificaciones, puras vergüenzas.

Sudaba al hablar. Pero el viento de la noche le secaba el sudor. Y sobre el sudor seco, volvía a sudar.

–Me derrengaré, pero llegaré con usted a Tonaya, para que le alivien esas heridas que le han hecho. Y estoy seguro de que, en cuanto se sienta usted bien, volverá a sus malos pasos. Eso ya no me importa. Con tal que se vaya lejos, donde yo no vuelva a saber de usted. Con tal de eso... Porque para mí usted ya no es mi hijo. He maldecido la sangre que usted tiene de mí. La parte que a mí me tocaba la he maldecido. He dicho: "¡Que se le pudra en los riñones la sangre que yo le di!" Lo dije desde que supe que usted andaba trajinando por los caminos, viviendo del robo y matando gente... Y gente buena. Y si no, allí está mi compadre Tranquilino. El que lo bautizó a usted. El que le dio su nombre. A él también le tocó la mala suerte de encontrarse con usted. Desde entonces dije: "Ése no puede ser mi hijo".

–Mira a ver si ya ves algo. O si oyes algo. Tú que puedes hacerlo desde allá arriba, porque yo me siento sordo.

–No veo nada.

–Peor para ti, Ignacio.

–Tengo sed.

–¡Aguántate! Ya debemos estar cerca. Lo que pasa es que ya es muy noche y han de haber apagado la luz en el pueblo. Pero al menos debías de oír si ladran los perros. Haz por oír.

–Dame agua.

–Aquí no hay agua. No hay más que piedras. Aguántate. Y aunque la hubiera, no te bajaría a tomar agua. Nadie me ayudaría a subirte otra vez y yo solo no puedo.

–Tengo mucha sed y mucho sueño.

–Me acuerdo cuando naciste. Así eras entonces. Despertabas con hambre y comías para volver a dormirte. Y tu madre te daba agua, porque ya te habías acabado la leche de ella. No tenías llevadero. Y eras muy rabioso.

Nunca pensé que con el tiempo se te fuera a subir aquella rabia a la cabeza... Pero así fue. Tu madre, que descansa en paz, quería que te criaras fuerte. Creía que cuando tú crecieras irías a ser su sostén. No te tuvo más que a ti. El otro hijo que iba a tener la mató. Y tú la hubieras matado otra vez si ella estuviera viva a estas alturas.

Sintió que el hombre aquel que llevaba sobre sus hombros dejó de apretar las rodillas y comenzó a soltar los pies, balanceándolos de un lado para otro. Y le pareció que la cabeza, allá arriba, se sacudía como si sollozara.

Sobre su cabello sintió que caían gruesas gotas, como de lágrimas.

—¿Lloras, Ignacio? Lo hace llorar a usted el recuerdo de su madre, ¿verdad? Pero nunca hizo usted nada por ella. Nos pagó siempre mal. Parece que, en lugar de cariño, le hubiéramos retacado el cuerpo de maldad. ¿Y ya ve? Ahora lo han herido. ¿Qué pasó con sus amigos? Los mataron a todos. Pero ellos no tenían a nadie. Ellos bien hubieran podido decir: "No tenemos a quién darle nuestra lástima". ¿Pero usted, Ignacio?

Allí estaba ya el pueblo. Vio brillar los tejados bajo la luz de la luna. Tuvo la impresión de que lo aplastaba el peso de su hijo al sentir que las corvas se le doblaban en el último esfuerzo. Al llegar al primer tejabán, se recostó sobre el pretil de la acera y soltó el cuerpo, flojo, como si lo hubieran descoyuntado.

Destrabó difícilmente los dedos con que su hijo había venido sosteniéndose de su cuello y, al quedar libre, oyó cómo por todas partes ladraban los perros.

—¿Y tú no los oías, Ignacio? —dijo—. No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza.

Autor: Juan Rulfo

